

“TALLERES BELGRANO: SIMBIOSIS DE DOS HERENCIAS”

Graciela Berrutti y José Masztalerz

Los comienzos

GRACIELA: Nací en Chivilcoy en 1952. Los “fierros” fueron parte de mi vida desde el primer día. Desde 1946, mi padre, Juan G. Berrutti, reparaba maquinaria agrícola en un taller pegado a nuestra casa. No terminó la primaria, pero era un hombre de gran inteligencia práctica. Había hecho una modificación para las ruedas de las trilladoras que tuvo gran éxito. Mi madre, Etelvina Benedetti, era una típica ama de casa dedicada a sus dos hijas: Olga, mi hermana mayor, y yo.

En 1966, mi padre fabricó su primera máquina, una picadora automotriz de pasto. Después empezó a producir peleteadoras y enfriadoras de cereales. A los cinco años, me llevaba al taller sábados y domingos. Tarrito de kerosén en mano, lo ayudaba en la limpieza de repuestos. A los diecisiete, me metí de lleno



Juan Gualberto Berrutti (a la derecha) en sus comienzos. Fines de la década de 1940.

en la administración de la empresa. Mi padre era un visionario, pero le faltaba disciplina. Yo aporté orden en los asuntos financieros. Era su secretaria y mano derecha. Siempre fuimos muy unidos y compañeros.

Apasionado de los viajes y de la aviación, en los tiempos de prosperidad, se compró una avioneta. En un viaje de negocios, despegamos de un aeródromo cercano a la aceitera General Deheza, en la provincia de Córdoba. A los pocos minutos de vuelo, mi padre me dijo: *“Esta palanca es el acelerador. No funciona bien. Sostenela todo el tiempo o nos caemos”*. Por si fuera poco, no teníamos mapa, y nos perdimos. Algunas horas después, aterrizamos en un campo: *“¿Estamos cerca de Chivilcoy?”*, preguntó mi padre. *“¿Chivilcoy?”*, le contestaron. *“¿Están en La Pampa!”*. Cuando volvimos a casa, mi madre suspiró aliviada. Ya nos había dado por perdidos. Así era mi padre: una mezcla de bohemio, inventor incansable, emprendedor y aventurero.

Las historias se cruzan

JOSÉ: Nací en Buenos Aires en 1953, en una familia de inmigrantes polacos que me inculcaron el valor del esfuerzo y del estudio. Desde muy joven, supe que lo mío era la técnica. Esa vocación me llevó por los caminos del Otto Krause y, tras un coqueteo con la arquitectura, me decidí por la carrera de Ingeniería Mecánica en la Universidad Tecnológica Nacional.



José María Mastalerz (el segundo desde la izquierda) en sus comienzos en el taller de la calle Belgrano. 1993.

Tras unos estudios de seis años, interrumpidos por el servicio militar, trabajé en la planta de aceites vegetales de la firma SASSTRU. Después me incorporé a la empresa Continental. En 1986, me mudé a Chivilcoy para participar en la instalación de una planta de aceite. Tenía previsto quedarme por tres meses. Pero finalmente fueron veinticinco años, porque en 1987 conocí a Graciela.

GRACIELA: Nuestro primer encuentro fue en un asado, en la quinta de Pichi, mi cuñado. Aunque, en aquel momento, José no me llamó la atención, sobre todo porque estaba separado y con cuatro hijos, Mariana, Marcela, Lao y María del Carmen, a quienes quiero muchísimo. Empecé a conocerlo cuando nos cruzamos, tiempo después, en una librería. Su forma de hablar me cautivó. Siempre fui muy deportista, y para nuestra primera salida José me invitó a correr al polideportivo. Nos enamoramos bajo el cielo estrellado de Chivilcoy y, siete meses después, nos casamos. Corría 1988. Al año, nació Florencia, nuestra hija.

El nacimiento de Talleres Belgrano

JOSÉ: Algunos años después de instalarme en Chivilcoy, la empresa que me había llevado allí cerró su fábrica. Así que, en 1991, me incorporé al taller de Juan Berrutti, en la calle Belgrano, en el centro de la ciudad. Mi suegro estaba prácticamente retirado. Yo me hice cargo de la fábrica.

Con un equipo de trabajo de apenas siete personas, producíamos elevadores, roscas transportadoras, transportes a cadena y norias para molinos de harina y fábricas de aceite. Aquellos tiempos fueron muy precarios, sobre todo para mí, que venía de una multinacional con una estructura muy grande. Yo me convertí en el “hombre orquesta”. Diseñaba las máquinas y también salía a venderlas. En 1995, cuando falleció el fundador, la empresa adquirió su nombre actual: Talleres Belgrano.

GRACIELA: Mi padre nos legó dos empresas. Por un lado, la fábrica de maquinaria para la agroindustria. Por el otro, un taller de alineación de camiones, cuya máquina principal fue diseñada y patentada por él.

Las lecciones de la crisis

JOSÉ: Desde el fallecimiento del fundador, Talleres Belgrano fue padeciendo los vaivenes de la coyuntura económica argentina. Los años entre 1998 y 2001 fueron muy duros, con muy poco trabajo.

Nuestra firma ya se había forjado una reputación por la calidad de sus productos. A pesar de la crisis, nuestros clientes siguieron eligiéndonos porque confiaban en nosotros. También nos ayudó el hecho de que teníamos una estructura pequeña, porque nuestra fabricación es a medida de lo que necesitan los clientes. Cuando golpeó la crisis, no teníamos muchos empleados.

La principal lección que nos dejaron esos tiempos tan duros fue la cautela. En épocas de prosperidad, nos vemos tentados a extendernos más de nuestras posibilidades. Pero el crecimiento es un arma de doble filo. No hay que dar más pasos de los que se pueden dar. Hay que crecer con orden y medida. En nuestra empresa, supimos aprovechar el contexto de crisis para planificar, apostando por la calidad y la robustez de nuestras máquinas.

Dedicamos el 2002 a reorganizarnos internamente de cara al futuro. En el 2003, cuando nuestros clientes reactivaron los planes de inversiones, comenzó una era de crecimiento para Talleres Belgrano.



María Graciela Berrutti y José María Mastalerz en la construcción de la nueva fábrica en el Parque Industrial de Chivilcoy. 2004.

Un modelo de negocio a medida

JOSÉ: Muchos de nuestros clientes tienen grandes empresas que producen miles de toneladas diarias. Si se les rompe un equipo, tienen que detener la producción, con los costos que eso implica. La ventaja que ofrecemos es la confiabilidad de nuestras máquinas. Nuestro negocio se construye sobre estos pilares: la alta calidad, la fabricación a medida y el servicio post venta. Siempre ponemos lo mejor en los equipos.

Mantener estos elevados estándares de calidad es un esfuerzo que involucra a todas las áreas de la empresa. Es valorar el aporte que cada persona realiza al negocio. Por eso, brindamos capacitaciones continuas a nuestros empleados, tanto en asuntos técnicos como de gestión humana. Lo nuestro es artesanal. Lo que vale no solo son las máquinas con las que trabajamos sino la capacidad, la responsabilidad y la honestidad de nuestra gente.

El futuro

JOSÉ: El reconocimiento que ganamos por la calidad de nuestros productos nos permitió incursionar en mercados externos. Nuestra primera exportación fue en 1998. Hoy, entre ventas directas e indirectas, nuestros equipos se usan en Bolivia, Paraguay, Estados Unidos, Holanda, Chile, Uruguay, Brasil, Corea y Costa Rica. Si bien nuestro negocio es la fabricación de maquinaria, en los últimos



José María Mastalerz con la primera elaboración en la nueva fábrica. 2005.

años también hemos desarrollado proyectos que implicaban la venta de plantas de producción casi completas, para el rubro de los alimentos balanceados.

Hoy podemos mirar al mañana con optimismo. Nos mudamos a una nueva planta en el parque industrial de Chivilcoy, a cinco kilómetros de la sede original de Talleres Belgrano. De aquella pequeña fábrica pasamos a la actual, con una superficie total de 2.500 m² que nos permite fabricar equipos de mayor envergadura.



Interior de la fábrica luego de la última ampliación. Sector de dos naves de 15 m x 60 m con puentes grúa de 10 tn. 2011.

Afuera del taller

GRACIELA: Ya no trabajo tanto como antes. Hoy dedico mis horas al yoga y la meditación. También soy artesana, hago trabajos en plata y piedra. ¡No me alejé mucho de los fierros, porque mi pasatiempo también involucra soldar chapa! Michelle Bachelet, la ex presidente de Chile, tiene uno de los collares que diseñé.

JOSÉ: Más allá de mis actividades en la empresa, trato de mantenerme activo en la comisión directiva del Centro Comercial e Industrial de Chivilcoy y en el Consejo Empresario Metalúrgico de Buenos Aires (CEMBA) que forma parte de ADIMRA. Gracias a ADIMRA pude participar en capacitaciones en cámaras industriales del exterior, que me permitieron establecer contactos para futuros negocios. Cuando no trabajo, me gusta estudiar idiomas. Estudié inglés y alemán. Y también leer. Uno de mis autores favoritos es Dickens. También voy al gimnasio, mi mejor terapia.



Plantel de la empresa delante de la fábrica. En el centro, parados, María Graciela Berrutti y José María Mastalerz. 2011.

El legado

GRACIELA: Mi padre me transmitió el valor del trabajo honesto. Él siempre trabajó de sol a sol. En Chivilcoy también es recordado por su solidaridad. Ayudó a muchos. A los que no podían pagarle, a veces, les reparaba sus máquinas gratis. El veía a la gente, antes que como a clientes, como a amigos. Igual que mi padre, creo en el valor de dar una mano a quien la necesita. Me gustaría que se asocie a Talleres Belgrano con la honestidad, el compromiso, y la solidez.

JOSÉ: Como empresario, mi visión es evolucionar y ser reconocido en lo que hago, en el empeño que pongo en todas mis actividades y en la calidad de mis productos. Talleres Belgrano es una simbiosis de dos herencias. Una de las naves de nuestra fábrica fue bautizada como *Juan G. Berrutti*, en honor a mi suegro. Pero nuestro logo es el águila real polaca, en honor a la nacionalidad de mi padre. Polonia pasó por distintas situaciones a lo largo de su historia. Talleres Belgrano también, se fue adaptando a su coyuntura, y gracias a eso sigue en pie. Tenemos muy presente el legado que recibimos de nuestros padres y el que nos gustaría dejar a nuestros hijos. Más que el negocio en sí, lo que importa es trascender.